

LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL MEDIO SIGLO

VIRTUDES SERRANO

Escuela Superior de Arte Dramático de Murcia

En abril de 1994 se celebró en la Universidad de Cádiz, organizado por el Grupo de Estudios de Literatura Española Contemporánea, un Seminario acerca de la Literatura del medio siglo. En él se encuentra el origen de esta publicación, que recoge los trabajos que allí se presentaron junto a otros sobre idéntico tema. Dos aspectos fundamentales cabe destacar en *La literatura española alrededor de 1950: Panorama de una diversidad* (Cuadernos Draco, 2, Universidad de Cádiz, 1996): la constatación de la pluralidad que se encierra en la escritura de esos años, a veces tan esquemáticamente considerados, y los distintos géneros que en el volumen se tratan, ya que a los habituales (poesía, novela) se unen otros que lo son menos (teatro, cuento) o que son casi insólitos (literatura de viajes, infantil, cine). Se cumple, pues, así el propósito de “ampliar horizontes” de los editores, Manuel José Ramos Ortega y Ana-Sofía Pérez Bustamante Mourier.

Estudia en su artículo Francisco Javier Díez de Revenga “la actividad llevada a cabo por los poetas españoles en torno a 1950”; creadores que se sitúan en distintas generaciones ofrecen en estas fechas un aspecto común, el de “la rehumanización decidida, que afecta a todos los poetas de la España interior y exterior”. Se ocupa de dos libros fundamentales en la historia poética de la posguerra, *Sombra del paraíso* e *Hijos de la ira*, publicados en 1944, y de los aparecidos en años posteriores de Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Pedro Salinas y Jorge Guillén. Comienza en esta década la *poesía social*, en la que los poetas “cantan para el hombre”, como afirma el conocido poema de Blas de Otero; junto a éste, Crémer, Celaya, Ángela Figueroa o Gloria Fuertes. Concluye el profesor Díez de Revenga señalando que “el signo de la poesía social es uno más entre los muchos que en estas fechas confluyen” y da cuenta de la aparición de nuevas voces, como las de Claudio Rodríguez, José Ángel Valente y Jaime Gil de Biedma.

Dentro de las numerosas revistas poéticas de la posguerra, ha elegido Manuel

José Ramos Ortega *Platero*, la más notable de Cádiz, junto a *Isla*, en el segundo tercio de este siglo. *Platero*, de la que aparecieron veinticuatro números entre 1951 y 1954, es una revista *ecléctica* en la que se reúnen distintas corrientes poéticas, desde la social a la surrealista, pero no se limitó a ser “un mero muestrario de poetas locales” como lo evidencian los nombres de sus numerosos colaboradores.

En el apartado de teatro nos encontramos con un artículo de conjunto y otro que se centra en un aspecto más concreto: el estudio de un dramaturgo. Mariano de Paco se ocupa de los comienzos del teatro de posguerra, en los que a un empobrecimiento de la escena en la década de los cuarenta (en los que apenas puede destacarse la actividad de los Teatros Nacionales o las denuncias de *Arte Nuevo*) sigue una reacción que se inicia con el estreno en 1949 de *Historia de una escalera*. Los críticos advirtieron el nuevo lenguaje de este drama, muy bien recibido por el público, bajo cuya superficie latía un hondo sentido crítico y una dimensión trágica. El profesor De Paco presta interés especial al complejo *realismo* de Buero Vallejo, que conecta con el de la narrativa, la poesía o el cine de la época y que está en el origen de la denominada generación realista de dramaturgos de la posguerra.

Uno de los miembros de esa generación a los que menos atención ha dedicado la crítica y cuya producción es más reducida, Ricardo Rodríguez Buded, es objeto de un extenso estudio de Gregorio Torres Nebrera, que lo sitúa en el contexto del grupo y se refiere a sus *magisterios* (el de Buero entre ellos) para analizar después detenidamente sus interesantes textos, desde la “pieza de corte existencialista” *Queda la ceniza*, a las tres estrenadas entre 1960 y 1962: *Un hombre duerme* (Premio “Valle Inclán” de 1959), *La madriguera* y *El charlatán*.

La novela está representada por un caso particular, el de *Las palmeras de cartón*, de Antonio Mingote (uno de cuyos excelentes chistes gráficos se ha empleado como significativa ilustración en la portada del volumen), publicada en 1948. Enrique García Fuentes analiza esta obra, que cree “uno de los hitos que anuncia la llegada de tiempos mejores para la novela de humor”, y la pone en relación con otros autores, sobre todo Jardiel Poncela, lo que, por otra parte, no supone merma alguna de su originalidad.

Tres trabajos se dedican al cuento, lo que puede dar idea de la voluntad de explorar nuevos caminos de quienes han preparado de la edición. Ana-Sofía Pérez-Bustamante Mourier, una de los responsables, se ocupa precisamente del concepto de *cuento literario* y de la evolución del mismo en la posguerra por medio de seis ejemplos que tratan un mismo tema, el de la infancia, desarrollado en un mismo espacio, el del colegio, en las distintas décadas; corresponden los textos a Zunzunegui, Cela, Aldecoa, García Pavón, Medardo Fraile y Ricardo Doménech.

Tras una “breve introducción general” al cuento en el medio siglo, estudia Ana L. Baquero Escudero los de Francisco Alemán Sainz, magnífico cultivador del género, que publicó su primera colección (*La vaca y el sarcófago*) en 1952, a propósito de la

cual el profesor Baquero Goyanes destacó en su día la especial sensibilidad del escritor murciano para “la captación de lo fugaz, de la pequeña anécdota, del rápido paso de un personaje...”. A. L. Baquero presta detenida atención a “la personal configuración de un género” a través de las tres colecciones de relatos de Francisco Alemán.

Carmen Martín Gaité, tan conocida por sus novelas y ensayos, tiene también una abundante producción de cuentos (en 1978 aparecieron sus *Cuentos completos*); el primero que publicó, “Un día de libertad” (*Revista Española*, 2, 1953), es sometido a detallado análisis por José Jurado Morales, que ve en él un elemento germinal de la trayectoria narrativa de la autora.

En la posguerra abundan los libros de viajes, muchos de los cuales constituyen una respuesta a la visión triunfalista del estado del país, según señala Modesto Rubén Martínez Reche, añadiendo que esos libros se encuadran dentro de un realismo crítico que profundiza en la verdadera situación de España. El artículo de Martínez Reche atiende a “tres miradas a las Hurdes”, las de Armando López Salinas y Antonio Ferres (*Caminando por las Hurdes*), Víctor Chamorro (*Las Hurdes: tierra sin tierra*) y Juan Antonio Pérez Mateos (*Las Hurdes, clamor de piedras*), que poseen una “amplia serie de coincidencias en lo que se refieren a motivos elegidos, temas y personajes” y una vocación testimonial.

Nada frecuentes en este tipo de estudios son los dedicados a la literatura infantil, de la que aquí se ocupa Jaime García Padrino. Las espléndidas muestras de este género en los años anteriores a la guerra civil fueron anuladas por ésta y muchos de los escritores e ilustradores hubieron de exiliarse (recordemos, por ejemplo, a Antoniorrobes, Salvador Bartolozzi o Magda Donato). Tuvo, pues, lugar “un sensible empobrecimiento creativo” a lo que se sumaba una intención educadora teñida de proselitismo ideológico. No faltaron, sin embargo, desde los primeros años de posguerra obras que poseían interés y dignidad, como las de María Luz Morales, Carmen Conde, Celia Viñas y Gloria Fuertes o revistas como, algo después, *Bazar*. El trabajo de García Padrino se completa con una quincena de ilustraciones de singular valor para comprender la naturaleza de los textos a los que acompañaban.

Víctor Manuel Amar Rodríguez examina las relaciones entre literatura y cine y señala la relativa abundancia de obras literarias españolas que en estos años pasaron a la pantalla, tanto en la producción cinematográfica española (Cifesa y otras productoras) como en la extranjera (Argentina, Méjico, Chile, Estados Unidos), con atención especial a Luis Buñuel.

El somero análisis que hemos realizado de este número de *Cuadernos Draco* nos ofrece la posibilidad de advertir el apreciable interés del volumen y la oportunidad del enfoque y planteamiento adoptados por sus editores. De gran utilidad son igualmente los anexos dedicados a Bibliografía (obras de creación y críticas) e Índices (de nombres propios y de obras y publicaciones periódicas citadas).